

CAPÍTULO 7

DE LA HISTORIA A LA NOSTALGIA. MEMORIA COLECTIVA, EL 68 EN PUEBLA, MÉXICO¹

Dra. Gloria Tirado Villegas
Profesora-Investigadora
Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México

RESUMEN

Este trabajo tiene como objetivo visibilizar y revalorar la importancia del Movimiento del 68. Se parte de la premisa, de que durante la historia del siglo XX no ha habido un movimiento como el Movimiento del 68, en el que hayan participado tan masivamente las mujeres, mucho menos de zonas urbanas, menos aún que estudiaran enseñanza media y superior. En el movimiento de la Revolución Mexicana, masivo, participaron escasas poblanas, especialmente las profesoras que a escondidas y subterfugiamente asistían activamente a los clubes liberales. Pese a todo lo que significó la Revolución Mexicana, las mujeres que jugaron un papel protagónico se contaban con los dedos de las manos.

Descriptor: Mujeres. Historia. Participación política. Movimiento del 68. Movimiento estudiantil. México. Siglo XX.

INTRODUCCIÓN

Este artículo tiene como principal objetivo presentar un recuento de lo realizado en el proyecto de investigación “La participación de las mujeres y el 68. Puebla”, que durante el 2002 y 2003 fue concluido, por eso es posible verter conclusiones, elaboradas a partir del análisis retrospectivo y con perspectiva de género, apoyándome en entrevistas a activistas y no del 68. Mi objeto de estudio se ubica en la Universidad

Autónoma de Puebla, una institución respetada en el ámbito académico, y una de las más grandes del interior del país. La UAP, se encuentra geográficamente cercana a la capital de México, característica sustancial para lo ocurrido en ese año del movimiento estudiantil.

Conviene precisar que el ensayo se ha dividido en tres grandes apartados: el primero, contiene los problemas metodológicos de la historia oral; el segundo, las experiencias en el movimiento estudiantil y; el tercero, los principales cambios que las protagonistas vivieron en su vida individual y como generación.

Este trabajo parte de la premisa, de que durante la historia del siglo XX no ha habido un movimiento como el en el Movimiento del 68, en el que hayan participado tanto las mujeres, mucho menos de zonas urbanas, menos aún que estudiaran enseñanza media y superior. En el movimiento de la Revolución Mexicana, masivo, participaron escasas poblanas, especialmente las profesoras que a escondidas y subterfugiamente asistían activamente a los clubes liberales. Desde luego todo movimiento de esta naturaleza trastoca desde hábitos, cotidianidades, valores y formas de pensar. Pese a todo lo que significó la Revolución Mexicana, las mujeres que jugaron un papel protagónico se contaban con los dedos de las manos. De cualquier forma las revolucionarias, adelitas, valentinas, las soldaderas han sido suficientemente estudiadas (Poniatowska2000, Lau y Ramos1993), -si de heroínas anónimas se trata, como también conocidas-, de entre varias las poblanas que han trascendido, como Carmen Serdán, Paulina Maraver, las hermanas Rosa María y Guadalupe Narváez Bautista, han sido y siguen siendo objeto de atención.²

Pese a que en el movimiento del 68, donde sí participaron masivamente mujeres, -del que existe una basta historiografía y sigue siendo objeto de estudio, desde diferentes enfoques, miradas-, no encontramos huella alguna de su participación. Siendo que en el

68 fue cuando mayor participación de mujeres hubo, y poco después cuando la presencia de las mujeres en muchos campos fue acrecentándose. Las mismas escritoras, aun cuando ya escribían, se dieron a conocer, como Elena Poniatowska y Elena Garro por citar a las principales, además ellas fueron partícipes y denunciantes de los atropellos ocurridos entonces. Profesionales de diferentes especialidades surgieron, estudiantes, amas de casa, se animaron a escribir, impresos diferentes circularon y se escucharon otras voces (Olivera1992: 344).³ Es posible que abiertos los archivos de la Central de Inteligencia de Seguridad Nacional (CISEN), ahora fondos de consulta en el Archivo General de la Nación, podamos reconstruir lo ocurrido en Puebla; como también convenzamos a algunos activistas que donen sus archivos particulares, por el momento lamento no adelantar más al respecto.

Regresando a la presencia de las mujeres en el movimiento, es innegable lo positivo de su incursión, en términos de su autonomía y de su conciencia de sí o para sí. El mismo movimiento feminista en México recupera de estas experiencias, pues muchas de las mujeres organizadas tiempo después abrevaron una experiencia y práctica política en este movimiento. Entonces ¿a qué se debe esta ausencia? Y ¿cómo se repiten las miradas antropocéntricas en la historia? ¿Ha sido una historia de bronce hasta cierto punto?, ¿Es necesario mantener sólo la visión polarizada de los gobernados y el gobierno enfrentados?

El movimiento además, ha sido mayormente estudiado en el Distrito Federal y en la UNAM; han sido ignorados los muchos movimientos que se dieron al interior del país y en cada Institución de educación superior. Por cierto, desde el 2001 el Seminario de Movimientos Estudiantiles, del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, está avanzando en el objetivo de recuperar estas historias.

Pero aun las activistas que permanecieron presas en la cárcel de Santa Martha Acatitla han sido casi ignoradas. Tita Avendaño, presa en Santa Martha Acatitla y fallecida en 2000, no ha tenido una revaloración como lidereza del 68, quizá porque no escribió sus experiencias, como lo han hecho Luis González de Alba, Marcelino Perelló, Raúl Álvarez Garín, el mismo José Revueltas, por citar algunos de los que estuvieron presos. La otra líder reconocida, Ana Ignacia Rodríguez, La Nacha, en una entrevista a *La Jornada* el 22 de julio de 2002 declaró: "...la discriminación de la mujer en el 68, ¡en serio!, es enorme. Nuestra participación fue determinante... A pesar de todo, por el movimiento sólo hablan los compañeros..." La fecha tan reciente de su aseveración, como codenunciante de la causa penal FEMOS/PP/002 por la masacre de Tlatelolco, muestra también el trato diferenciado de los periodistas hacia los y las participantes. Digamos que hay cierta ceguera intelectual al reconocer sólo a los varones.

Por supuesto que este trabajo no pretende responder a todas estas interrogantes, sino rescatar desde una visión fresca la valoración de este proceso y cómo las mujeres se formaron una conciencia, primero de clase y luego de su rol como mujeres. El enfoque desde la perspectiva de género retoma la participación de las heroínas anónimas, sobre todo, devela los valores de una generación de mujeres, valores que cada una fue llamando propios de esa generación: fuimos valientes, románticas, lo dimos todo, nos entregamos al movimiento, queríamos justicia, democracia,...⁴ Los resultados del proceso que ellas admiten se resumen en un punto esencial: ninguna de ellas asumió un cargo en el poder político, ni en el periodo de Luis Echeverría, ni en los posteriores. La mayoría laboró como docente en la Universidad o en otras Instituciones; unas cuantas prosiguieron estudios de postgrado y al culminar se desempeñaron como docentes en la Universidad Pedagógica Nacional, en Secundarias Federales, en

Normales, en el Tecnológico de Puebla, etcétera. Escasas son profesionales de la política, lideresas, y que han ocupado curules⁵; una que otra asumió cargos públicos, como la Dirección del Archivo de Notarías, y una que otra se desarrolló en la investigación.

El abanico de profesiones, oficios y vocaciones llaman la atención y abren otras interrogantes que aquí solo habré de anotar una: ¿Qué ocurrió con las experiencias de esta generación? Pregunta pertinente, sí se complementa al conocer que varias de las entrevistadas actualmente están jubiladas y otras están en vías de jubilarse. En el contexto actual que ellas viven, sus relatos se tornan apasionados en momentos y pasan a la nostalgia, a veces festiva y en momentos de añoranza.

1. ALGUNOS PROBLEMAS METODOLÓGICOS DE LA HISTORIA ORAL

Mucho habrá de decirse en torno a la participación de las mujeres en el 68, como igualmente mucho podrá quedarse en el tintero, en los archivos y en la memoria individualizada de las mujeres —de aquellas que no quisieron compartir sus experiencias o de aquellas que olvidaron, a propósito, lo que debían decir—. Amén de esas ausencias, este avance decía tiene como objetivo plantear, a la vez que ordenar, los problemas metodológicos que se enfrentan al reconstruir un proceso histórico, desde la oralidad y sobre un momento cercano en el tiempo.

La investigación partió de apoyarse en la riqueza de la historia oral, conocer los detalles de esa construcción cultural en que las mujeres estaban inmersas, en ese contexto nacional, local y doméstico en el que se desenvolvían. Reconstruir desde una historia fresca las minucias, donde la perspectiva de género rescatara aquellos grandes detalles que escapan a la historia del movimiento estudiantil, en donde los líderes

(hombres, por supuesto) son los que han entrelazado el entramado de los conflictos políticos, de la persecución, de la clandestinidad, de la táctica y estrategia, y hasta lo anecdótico: los encuentros con los porros, los resabios de viejas rencillas y, sobre todo, la experiencia de la militancia política, partidaria o en organizaciones populares. Ahí, por supuesto, no han estado las mujeres, mucho menos han sido visibilizadas en la historiografía sobre el movimiento del 68.

Historiar, apoyando la investigación en la historia oral, con entrevistas, fue la alternativa a la inexistencia de documentos que hablaran de ellas. Aun cuando estuviesen a consulta y ordenados los archivos de Secretaría de Gobernación o de la policía, ellas no serían visibles en la medida que no fueron perseguidas. Aún si fuera así, los reportes y documentos no atestiguarían sobre la construcción cultural de esas mujeres, así sólo por ellas mismas conocemos la significación del movimiento: de la generación que participó en el mismo, como de aquellas jóvenes que cursaban secundaria y percibirían esos cambios en el contexto social, como en el familiar.

Al avanzar en las entrevistas tuve la impresión de estar frente a un cuadro con un bosque inmenso, al que entre más pinceladas daba, el bosque se difuminaba, pues cada una de las jóvenes del 68 aparecía como un ser tan singular, que merecía una biografía. Todas son interesantes, me dije. Todas han enfrentado distintos problemas desde su rol de mujeres, y conforme los años pasaron los retos que enfrentaron se acrecentaron. Más aun, si bien conservaban características típicas de la juventud de entonces, fueron atípicas al mismo tiempo. Rompieron con esos estereotipos de mujer con los que crecieron y de la noche a la mañana se volvieron transgresoras.

Al mismo tiempo que su singularidad me atraía cada vez más a las microbiografías, parecía riesgoso perderme en la espesura de los árboles y olvidar el objetivo central de la investigación. Además, no pocas de las testimoniadas olvidaron

detalles de su participación en el movimiento y manifestaron mayor claridad en la vida personal de esos años: el noviazgo y los problemas con su familia. Estas particularidades enriquecieron otros aspectos que no precisamente, al inicio, pensaba abordar.

De cualquier forma comparto que a la distancia ha sido posible hacer hablar a muchas de ellas, quizá de lo que jamás se hubieran atrevido, por ejemplo, cómo y por qué decidieron participar en el movimiento, qué problemas derivados de su participación enfrentaron en el seno familiar, cómo asumieron a su pareja en esos años y cómo y por qué rompieron con su matrimonio después. Debo confesar que hasta donde fue posible las entrevistas se guiaron en preguntas previamente formuladas. La disposición a conversar, a abrirnos la ventana de su vida, les llevó de la nostalgia a la revaloración de lo que actualmente son, quizá porque por vez primera se les preguntaba acerca de lo que ellas jamás consideraron sería trascendente. Lograr su extraversión se debió a varios elementos que jugaron su papel, vale la pena señalar uno de ellos: si bien todas participaron en el movimiento, no todas en la Universidad Autónoma de Puebla, algunas en su tierra natal lo hicieron, y fue poco después que llegaron a la Universidad. Otras no lo hicieron directamente, sino a través de los hermanos o hermanas mayores; algunas, incluso convencidas por el novio que tenían. Desde luego debemos considerar que quienes provenían de otros estados actuaron con mayor libertad, no tuvieron el cuestionamiento familiar ni entonces, menos ahora, y ello se reflejó en sus respuestas más explícitas y abiertas.

A pesar de las múltiples diferencias entre ellas, por edad, grado, carrera y forma de participación, etcétera, existe una identidad generacional, no marcada por la edad, pues nacieron en distintos años, sino por el impacto que el movimiento estudiantil del 68 tuvo en ellas: su mentalidad, su formación fue trastocada, y aunque no todas se

asumieron como feministas, su respuesta ante los problemas de las mujeres fue mucho más solidaria que el resto de mujeres. Provocó una revaloración del ser mujer, en donde lo femenino adquirió otra connotación.

Será interesante ampliar la información sobre la metodología utilizada, cuya intención en el cuestionario aplicado era conocer su construcción cultural, por ello las preguntas fueron organizadas en tres grandes bloques: infancia, adolescencia y la Universidad. Conocer su infancia, su relación con la madre y el padre. Su formación en el hogar, en torno a las tareas domésticas. Cómo eligieron la carrera, el ambiente que percibieron en su ingreso, su relación con los compañeros, con los maestros. Su participación o no en el movimiento, son algunas de las interrogantes que dirigió la conversación. Como puede advertirse las preguntas apuntaron hacia sus costumbres, valores, vida cotidiana, y cotidianidad en la Universidad, antes, durante y después del movimiento. Es obvio que para entender y repensar el 68, y valorar su significado para las mujeres, el punto de partida debía ser otro. En ello coincidí con Jorge Poo Hurtado, cuando se refiere a las ventajas y desventajas al repensar el 68, más de treinta años después:

“...Ventajas, porque transcurridas tres décadas existen mejores condiciones para revelar sucesos comprometedores, peligrosos, amenazadores y difíciles de develar con anterioridad por las implicaciones que pudieran tener... Existe, sin embargo, una dificultad: el tiempo transcurrido borra imágenes, los años llevan a que los recuerdos pierden fuerza, la memoria empolva. Pero el reto de integrar experiencias ignoradas o, en ocasiones, acalladas, se impone. Se requiere, pues, sumergirse en algunas profundidades poco exploradas del movimiento estudiantil...” (Poo Hurtado 1998; 121).

Tomando como referencia las entrevistas realizadas a varones —líderes, la mayoría de ellos— publicadas en *Vientos de la Democracia. Puebla 1968*, corroboré que la percepción de las mujeres sobre el movimiento es totalmente distinta (Tirado 2001; 198).⁶ La reacción recurrente de casi todas las exactivistas, fue la emoción

que afloraba durante la entrevista, no pocas lloraron. Si bien puede afirmarse que las mujeres pueden mostrar más fácilmente sus sentimientos, emociones, también muestra el relativo conocimiento que sobre el movimiento y las autoridades gubernamentales tenían. En tanto los varones contestaron siempre más ampliamente aspectos generales sobre el movimiento, su inserción en el mismo, la represión, por ejemplo; las mujeres gozaban más su interioridad, sus valores, y su relación personal con sus amigos, amigas y el novio. La demostración de tal apasionamientos es diferentes en ambos géneros, pero pasa por diferentes tamices y es claro que el concepto de masculinidad frena en ellos el mostrar más claramente sus emociones.

Como puede apreciarse con lo antes dicho la investigación no se planteó ir más allá del escenario local en el que las mujeres se desarrollaban: Puebla, la Universidad y su casa. Resta decir que las entrevistas no se han agotado, tampoco se seleccionaron por escuelas, sería imposible si no contamos con una base datos con direcciones y teléfonos actuales. Más bien se entrevistaron primero a las mujeres más activas en su participación, consejeras, líderes naturales, activistas, militantes, de las que pudimos obtener sus teléfonos. En la medida que se fue indagando quiénes más participaron, pues unas mencionaban a otras, se procedió a entrevistarlas. El principal problema ha sido la localización de sus teléfonos o domicilios, es más algunas salieron de la entidad a laborar en otros estados. Cabe mencionar que sólo una que otra se negó a ser entrevistada, y a casi todas les dio gusto contribuir a la investigación y accedieron a darnos la entrevista. La explicación dada sobre la necesidad de reconstruir la historia de las mujeres poblanas ha sido suficiente para ellas.

La historia oral no debe fetichizarse, por supuesto, sus limitaciones son un tanto obvias, y es que algunas hablaron más de sus problemas actuales y desde el presente resignificaron su pasado. Otras fueron más anecdóticas y abiertas. En la mayoría se

percibe una nostalgia, no aquella nostalgia lugar común que nos vuelve a la juventud, sino por aquella solidaridad que jamás han vuelto a vivir, pues piensan que en la Universidad actual la individualidad permanece por encima de todo y “de nada valió lo que dimos, lo que luchamos”. Habrá que explicar, para entenderlas, que las divergencias, diferencias y rupturas en la vida universitaria, de las últimas décadas, dejó muchas heridas que no han cicatrizado y el presente obnubila sus recuerdos de entonces.

La disposición a conversar, a abrirnos la ventana de su vida, les llevó de la nostalgia a la revaloración de lo que actualmente son, si por vez primera se les preguntaba acerca de lo que ellas consideraron sería trascendente. Incluso varias de ellas coincidieron en la escasa importancia de su participación en el movimiento, dos coincidieron al afirmar “fuimos como las adelitas”, aludiendo a “sin conciencia y en la bola”. Otras aguerridas, seguras, contestaron: “Yo creo que las mujeres rompimos más rápidamente que los hombres. Me acuerdo que podías o no hablar en las reuniones, pero te mandaban a volantear, aunque las sesudas discusiones las tenían los hombres” (Tirado2000: 327). Continuando con este testimonio de Rosa María Barrientos sobre lo que se atrevieron a hacer:

“...Me acuerdo que nos íbamos de brigada, generalmente yo hablaba, pero igual lo hacían otras compañeras y eso que aprendimos en la práctica fue importante. Cambiamos. Desde tomar un camión, vestir pantalones, seguramente nos veían “algo raras”. No faltó una señora que nos regañara y dijera “¡váyanse a sus casas qué andan haciendo aquí de mitoterías!”. Como también muchos apoyaban pues nos echaban porras...” (Tirado 2000: 328).

Resta indicar en este apartado que el proyecto continúa, ahora en la búsqueda de imágenes fotográficas, y durante el 2003 se concluyó el corpus que contiene las 52 entrevistas, todas transcritas y con un índice onomástico y geográfico.

2. LAS EXPERIENCIAS EN EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Como se sabe el movimiento estudiantil en el DF se inició el 22 de julio con una gresca, que aparecía como tantas otras, entre dos grupos de estudiantes: los alumnos de las Vocacionales 2 y 5 del Instituto Politécnico Nacional y los de la Preparatoria Isaac Ochotorena, cuando intervinieron los granaderos golpeando a los estudiantes. A los pocos días de estos sucesos la Universidad Autónoma de Puebla se sumó a la huelga nacional. Las primeras actividades de apoyo se iniciaron en Economía y en Derecho. Fue el 4 de septiembre se realizó la primera manifestación y la huelga se sostuvo hasta el 6 de diciembre de ese año.⁷ Fueron cinco meses en los que las mujeres abrevaron diferentes experiencias políticas cuya huella está presente.

Cómo dimensionar las diversas experiencias que las mujeres tuvieron en el movimiento estudiantil. Cómo entender, también, que estas experiencias las nutrieron de distinta manera que a los varones. Debemos precisar que no se parte de una visión esencialista sobre las mujeres, por el contrario, se da por concebida la existencia de un sistema de géneros que no es inamovible. Aunque historizando la relación entre géneros, en ese año, podemos ver claramente las desigualdades en que las universitarias se encontraban. Como afirma Rayna Rapp “implícita o explícitamente, el feminismo afirma que nuestra sociedad sufre un problema que se manifiesta bajo la forma de las jerarquías genéricas, y que ese nuestro problema reclama una urgente solución” (Reiter1991b: 27). De inmediato sobreviene la interrogante: ¿cómo se dan estas jerarquías genéricas?, y debemos remontarnos a esos escenarios para mostrar esas diferencias genéricas al interior de la Universidad. Diferencias ligadas a las construcciones sociales adquiridas en el hogar y en el ámbito institucional.

Comencemos desde la decisión de optar por una carrera universitaria, donde los varones tenían mayor independencia para decir cuál, cuando el promedio de hijos por familia era numeroso y al varón se le consideraba el futuro jefe de familia. Siguiendo el

modelo de familia donde el padre era la cabeza de familia, no era necesario que las mujeres terminaran carreras largas, ni trabajaran. La mayoría de las mujeres estudiaban carreras cortas (secretaria mecanógrafa, ejecutiva, bilingüe; corte y confección, cultura de belleza), como profesoras o bien en las carreras feminizadas de la Máxima Casa de Estudios: Contaduría, Ciencias Químicas, Enfermería e Idiomas.

A los valores sociales se agregaba la imagen de la Universidad, altamente politizada, todavía prevalecían viejos recuerdos del movimiento estudiantil de 1961, que se caracterizó por enfrentamientos entre dos grupos: los liberales, conocidos como los carolinos, y los del Frente Universitario Anticomunista, los fuas o anticomunistas.⁸ Las prácticas políticas, como rituales y símbolos permanecían masculinizados. La entrada a la Universidad, desde la preparatoria, pasaba por el “ritual a los pelones”, conocido como novatadas, mecanismo a veces tan violento que inhibía a las mujeres de ingresar a estas preparatorias (Doger 2002: 5). Lo mismo ocurría en el momento de ingreso a la licenciatura. Según la carrera era la forma de novatear, a veces llevarlos a asaltar camiones, tiendas, o a la zona de tolerancia a bailar con prostitutas, otras veces a bailar mojados en el zócalo de la ciudad, y algunas más a pintarse o raparse la cabeza.

Todas estas posibilidades condicionaban el ingreso de las mujeres a la Universidad. Los padres generalmente se oponían a que asistieran, y a lo que ocurría en el seno familiar se sumaba el ambiente dentro de la Universidad, los maestros también inhibían en ocasiones el desarrollo normal de las estudiantes, poniéndoles motes, avergonzándolas, llamándolas “prófugas del metate” (piedra para moler el maíz). Digamos que partían de viejos conceptos: las mujeres al ámbito doméstico y los hombres al público. ¿Qué hacían las mujeres estudiando como abogadas, si se iban a casar? Así esos valores sociales sobre el rol tradicional de las mujeres privaban, en ambos niveles, en casa y en la institución.

Por eso, no era raro que el número de mujeres que estudiaba en la UAP fuera menos de la tercera parte de la población escolar, como lo muestran los siguientes números: en 1967 y 1968 en preparatoria había 2 600 estudiantes, de esa población estudiantil 2 112 eran hombres y sólo 488 mujeres. En el nivel profesional, de 7 343 estudiantes 5 946 eran hombres y 1 397 mujeres, casi la cuarta parte de la población escolar. En el 2002 la matrícula femenina rebasa 50%, de un total de 50 mil 577 alumnos, de los cuales 69.3% corresponde a la licenciatura y el resto a preparatoria.⁹

Las cifras anteriores muestran esas grandes diferencias, que se profundizaban en algunas escuelas, las ingenierías, físico matemáticas, estaban masculinizadas. Esta relación de géneros creaba un ambiente de prácticas políticas masculinizadas. En los órganos de representación de los estudiantes, las mujeres estaban casi ausentes, ya en el Directorio Estudiantil Poblano (DEP), principal organismo de representación estudiantil, conformado por un representante de cada escuela, o en el Consejo Universitario donde de 14 escuelas (donde había un consejero titular y un suplente) sólo en dos había consejeras, ambas nombradas en ese año, por cierto. Una de las dos fue entrevistada y sus palabras son muy claras al respecto:

“...Los cambios en la composición por género en el Consejo Universitario se darían muchos años después del 68. Basta decir que el Consejo Universitario éramos unas cuantas, hablábamos con cierta timidez, no en igualdad de género, es más, antes del movimiento los compañeros consejeros no escuchaban nuestra voz. Claro, a lo mejor nuestros razonamientos no eran convincentes, carecíamos de la cultura política que adquirimos en el movimiento. Además, yo no era de algún grupo político, ni militante de partido político, era simplemente Rosa María Barrientos...” (Entrevista, 18/ 4/ 2000).

En efecto, la participación en el movimiento modificaría las formas de percibirse ellas mismas, un proceso de empoderamiento sobrevendría. No era sólo en el ámbito político donde se veían estas diferencias. Se percibían también en lo académico, en la docencia por ejemplo, eran escasas las que impartían clases, predominaban los

maestros. Así en ese sistema de género la jerarquía se vivía claramente. Para muchas de las entrevistadas esta relación de subordinación, a veces de segregación pasaba inadvertida, era normal, pues la vivían en casa. En tanto para otras era muy clara y se sobreponían a dichas relaciones, aunque estas mujeres han vertido experiencias de figuras femeninas que influyeron en ellas, que fraguaron su carácter, no siempre de sus madres, a veces de las tías, las abuelas. Escasas hablan del apoyo de sus padres, aunque sí de la influencia de ideas políticas, cuando son de ideas liberales o de izquierda. Pese a la diversidad de influencias ya en la familia, en la escuela, el 68 permitió romper ciertos mitos y las llevó poco a poco a ciertos rompimientos con los valores tradicionales.

Si había sido un reto lograr continuar sus estudios superiores en la Universidad, mucho más lo sería el participar en el movimiento estudiantil. Las participantes empezaron por pequeñas rebeldías y fueron a las grandes. Cómo se iniciaron, algunas confiesan que a invitación de sus hermanos, quienes estaban ya participando de tiempo atrás en organizaciones estudiantiles; otras por el novio que las invitó a participar. Así los motivos que expresan iniciaron su activismo, fueron más los emotivos. Vayamos a algunos de estos testimonios. María Cristina Díaz Gutiérrez, de Filosofía, comenta que se involucró porque su hermano Román, estudiante de Economía, la llamó a colaborar con ellos:

“...Yo tenía un hermano que estudiaba Economía, de alguna manera me ponía al tanto y trataba de concientizarme de lo que estaba sucediendo. Una vez fue a verme al salón y me dijo “ven, necesito que nos ayudes”. Ellos, los de Economía, estaban haciendo pancartas de protesta denunciando lo que ocurría en México. A partir de ese momento empecé a involucrarme más directamente. Recuerdo que una ocasión llegó a darnos información Tomás Cabeza de Vaca, un dirigente de Chapingo, un personaje muy involucrado (después preso político). Recuerdo muy bien eso...” (Entrevista, 14 / 9/ 2001).

Rosa María Avilés, por ejemplo, contesta sin darle vueltas al asunto. Ella afirmó que

“...me enteré del movimiento por los mítines que hubo en la Prepa, ahí me informé; luego por mi hermano mayor que estudiaba Arquitectura, él estaba involucrado o más informado. Puedo decir sin pena alguna que al inicio me uní más por reacciones emotivas que por conciencia, aunque leía *Excelsior* y leerlo ya era avanzado. Así comencé a enterarme...” (Entrevista, 18/ 1/ 2000).

Son diversos los casos y los condicionantes que se dieron, pero casi todas entraron en contradicción con sus padres, si participar o no, si tenían razón los estudiantes o la tenía Gustavo Díaz Ordaz, presidente de la República. Si Rusia había infiltrado el movimiento o no. Contradicciones naturales si se considera la manipulación por parte de los medios de comunicación, así como el peligro que existía. Es posible que los varones también afrontaran discusiones con sus padres, pero ¿una mujer en la calle?, ¿una mujer en la política?, ¿en las manifestaciones?, etcétera, eran mucho más cuestionadas. Hubo quienes a escondidas se salían de su casa y se iban a los recintos universitarios al “llamado de su conciencia”.

Por ello, también, algunas preferían quedarse en el edificio Carolino (edificio central de la Universidad) y no salir a botear, ni a perifonear. Otras hicieron caso omiso de tales contradicciones familiares, preferían salir y realizar mítines relámpagos, algunas más salían de la ciudad, iban a otras instituciones del interior del país o a la UNAM, donde se concentraba el Consejo Nacional de Huelga, CNH.

La primera vez que hablaron en público fue un acto heroico, jamás lo habían hecho. A diferencia de los varones quienes ejercían la política de tiempo atrás. Estas pequeñas experiencias para unos, importantes para ellas, las volvieron a pensarse de otra manera: eran capaces de convencer a otras personas, de hablar por sí mismas, de escribir notas, de organizar brigadas, de conocer a otras estudiantes de normales, de universidades, de otras instituciones, a amas de casa, madres de familia, a los líderes, a

los profesores, a escritores, intelectuales. La significación de todas estas experiencias modificó su percepción del mundo y su lugar en él.

Esta praxis cotidiana en el propio movimiento fue complementada con las lecturas que circulaban, y que terminaron por permear su grado de conciencia de “clase” para unas, pues ellas mismas aceptan que eran “chicas fresas”. La discusión constante de lo que se leía, veía (en el cine), desarrolló su criticidad, algunas piensan que fue el movimiento hippie lo que más las influyó, otras opinan fueron las lecturas marxistas. Como quiera que sea, las mujeres se percibieron en una igualdad con los compañeros, las diferencias adquirirían otros símbolos, aunque el feminismo llegara varios años después, pero sentían esa igualdad, la vivían. Fue cuando más de una abrevó otra manera de verse, de representarse. Rosa María Avilés lo vivió así:

“...Como mujer me pareció interesante que a los compañeros nunca se les ocurrió asignarme tareas de guisar, nunca. Yo era responsable de una zona de ‘invasiones’ y hacía reuniones, discutía, y sin tener claro ‘el rollo de género’, el trato era de igualdad. Mis opiniones valían, eran tomadas en cuenta por la gran mayoría... Por eso, me acuerdo que cuando algunas comentaron organizar a las mujeres me invitan ‘oye vamos a organizar una reunión para la liberación de las mujeres’ y les contesté ‘primero libérense ustedes y luego me avisan’...” (Entrevista, 18/ 1/ 2000).

Digamos que existe una significación de las vivencias en el movimiento relacionada con el papel que jugaron, es lógico que no será lo mismo para una consejera universitaria y reconocida líder, como Rosa María Barrientos, que para una activista cuyo radio de acción se conservó en el edificio central, o repartía volantes en la puerta del edificio. Para unas era ya un gran avance el vestir de minifalda o de pantalón de mezclilla, cuando no era común, o fumar y conversar en un grupo donde había hombres. Las valoraciones pueden entenderse según el grado de rigurosidad o sometimientos en que las tenían sus padres, o el ambiente donde se desarrollaba: una de

las entrevistadas refiere, por ejemplo, que ella embarazada asistía a clases, y aunque estaba ya casada era mal vista por sus compañeras. El embarazo mismo era visto como una enfermedad, considerado en la Ley Federal del Trabajo para gozar de permiso con goce de salario como “estado de gravidez”.

Algunas jóvenes se organizaron y formaban brigadas de mujeres, no porque fueran feministas, esta forma de relacionarse por género, era resultado de esas relaciones donde los hombres se reunían aparte de las mujeres, aun al tomar clases las mujeres se sentaban por lo general adelante y separadas de los varones. Una de las brigadas especialmente cobró fama, por su activismo y simpatía. Rosa Luz Lozada León habla de esa brigada y su significado:

“...Fíjate, nos decíamos las Pachas Pomposas. Sin falsa modestia. Nosotras rompimos esquemas. Nos rebelamos contra todo, incluida nuestra familia que se oponía a que participáramos. Entonces nosotras que éramos muy unidas nos incorporamos al movimiento con Sabino Armas, Enrique Talavera, Silvestre Angoa, Luis Ortega Morales. A veces llegaban Paty Meza y Martha Guerrero (de Historia), Cristina Zardanetta (de Comercio) Rosa María Barrientos y María del Carmen Peñalba (un poco menos)...” (Entrevista, 12/ 8/ 1968).

Las brigadas eran mixtas a veces, otras sólo de mujeres. Una y mil experiencias diarias afrontaban, y en esa “química” participativa unas y otros escogían con quienes se identificaban más para difundir y denunciar la problemática. De lo testimoniado por Jaime Ornelas, joven maestro de Economía, sobre una de las brigadas de mujeres extraigo estas palabras:

“...Me acuerdo de cuatro o cinco compañeras de nombre Rosa y que formaban una brigada femenil, viajaban, iban de brigada en ese camión tan destartado, recorrían Atlixco, Zacapoaxtla, etcétera...” (Entrevista, 16/ 10/ 1998).

Todo esto un tanto romántico, al inicio, fue cambiando en la medida que el ejército rodea a la Universidad, las declaraciones del presidente de la República, como

del gobernador Arón Merino Fernández, se volvían más amenazantes. Los tonos de los discursos de ambas partes se polarizaron, la detención de varios profesores y estudiantes en el DF fue aumentando. Más aún con los sucesos dolorosos del 2 de octubre, en Tlatelolco, en la capital del país. Ese día fueron varios y varias estudiantes al mitin en Tlatelolco, la Plaza de las Tres Culturas, de quienes se conoce detuvieron a una mujer y a varios profesores. Por fortuna salieron a los pocos días.

Lo que ocurrió posteriormente fue en cierto modo de esperarse, y algunas se radicalizaron, pues pensaron que no había otro camino. Julieta Glóckner, -esposa de Carlos Martín de Campo, integrante del CNH y preso desde ese 2 de octubre-, se incorporó a la guerrilla, conocida como la comandante Aurora. Minerva refiere que a su hermana Julieta la mataron el 8 de febrero de 1975 en Cárdenas Tabasco. Julieta se relacionó con guerrilleros en ese año y su labor la extendió en Puebla, al formar con un grupo de médicos un hospital de atención a gente del estado de Guerrero, especialmente. Hasta donde se ha logrado reconstruir es la única mujer que fue más allá. El resto se dedicó a la docencia universitaria y a trabajar en el naciente sindicalismo independiente.

3. LOS PRINCIPALES CAMBIOS Y RETOS

Otro rasgo de la Puebla de esos años, era los escasos espacios donde las mujeres podían distraerse, generalmente en fiestas familiares, bailes del estudiante ocasionalmente; no había ni clubes deportivos, ni Casa de cultura, salvo los cines servían de escondite para los enamorados. Todavía las familias eran conformadas por un número alto de integrantes, demás la industria textil, principal industria en Puebla, alcanzó su máxima crisis en ese año, afectando la economía de muchas familias.¹⁰

Por otra parte había características específicas de la sociedad poblana, considerada siempre como conservadora. Los noviazgos debían ser formales, y las representaciones sociales con las que soñaban muchas jóvenes eran los noviazgos duraderos y con promesa de matrimonio. Martha Eva Rocha (1996b) señala sobre esas diferencias en el comportamiento del noviazgo, a partir del discurso sobre el amor y la sexualidad, en su modalidad de recomendaciones, consultas y consejos contenidos en medios informativos. Como ella dice: "...la idea del amor es una construcción histórica y cultural, y en esa transición todavía los jóvenes se regalaban un retrato autografiado..." (Rocha 1996b: 123). La fotografía simbolizaba la compañía perenne, la correspondencia epistolar donde los sentimientos castos, puros, eran prueba de la constancia. Códigos un tanto absurdos ahora, como "la noviecita santa", "la de manita sudada", "la idolatrada", la "virgen adorada" formaban valores establecidos.

En medio de un ambiente de profundas tradiciones arraigadas y una ciudad donde la mayoría de familias se conocían, las jóvenes no podían transgredir fácilmente aquellas reglas establecidas, sin que fuesen señaladas.

En la misma Universidad no tenían voz, pues en el Consejo Universitario conformado por representantes de 14 escuelas, sólo a dos representaban mujeres: Ciencias Químicas e Historia, Rosa María Barrientos (consejera universitaria de Historia) jugaría un papel importante en el transcurso del movimiento.

El otro órgano de representación estudiantil era el Directorio Estudiantil Poblano, pero en éste las mujeres no lograron representación alguna. El ambiente de elecciones siempre polarizado, estallaba en prácticas porriles y evitaba la confrontación de ideas. Desde el seno familiar la preocupación por la/os hija/os asaltaba ante contiendas que continuamente terminaban en zipizapes. Las imágenes que se tenían de los universitarios no eran halagüeñas, por el contrario, y aunque se decía "el que es buen

estudiante donde quiera estudia”, la constante hostilización llegó incluso al uso de las armas en julio de ese mismo año del 68.¹¹ Ante ese ambiente de “broncas” en las que los varones participaban los padres guardaban mayor recelo hacia sus hijas.

Dicho lo anterior concluimos que la participación política de las mujeres era casi invisible, tímida, mejor dicho sin voz. De ahí que el movimiento sería un excelente pretexto para despertar una conciencia política. Despertar con voz, fue lo mejor. El 8 de agosto se inició un paro de 24 horas en apoyo solidario al movimiento estudiantil, fue el primer momento en que sólo alguno/as jóvenes de Economía hicieron carteles. El 4 de septiembre salió la primera manifestación, varios coinciden en afirmar que eran más pancartas que manifestantes. La siguiente se organizó para el día 11, para entonces las jóvenes iban y venían de un mitin relámpago, de botear, de subirse a los camiones a explicar los sucesos. Los varones con mayor libertad se desplazaban, dentro y fuera del estado de Puebla.

Muchos padres se oponían a que sus hijo/as participaran, cuanto y más que lo hicieran las mujeres, más no faltaron las desobediencias a órdenes expresas de no salir de casa, o no salir de los recintos universitarios. Muchas mentiras dijeron, excusas y pretextos inventaron, pero al poco tiempo de transcurrida la huelga subían y bajaban a los autobuses a explicar, a perifonear; pintaban mantas, carteles, repartían volantes; brigadas que salían primero a los lugares donde mayor concentración de gente había, luego fuera de la ciudad y, en los siguientes meses, fuera del estado, a la UNAM, Chapingo o a las Normales Rurales; cualquier pueblo, escuela, o rincón a donde pudieran ir a “concientizar”.

Habría de considerarse esa nueva forma de verse ellas mismas, si la mayoría provenía de escuelas femeninas, católicas, pues entonces la única preparatoria de la Universidad era la "Benito Juárez" (turnos diurno y nocturno), de donde muy pocas

mujeres egresaron. Las entrevistadas aluden haberse formado en El Esparza, Puebla, América, Unión, Miguel Hidalgo, Universidad Femenina, escuelas católicas, particulares y femeninas; las menos en el Humboldt, Benavente, particulares y mixtas y otras del Centro Escolar Niños Héroe de Chapultepec (CENHCH), la única oficial y mixta. La formación religiosa abrevada en casa o en la escuela y con valores de un rol tradicional, contrastan con su activa participación, pues ellas con bastante ímpetu transgredieron su espacio familiar con el público, al convertirse conscientizadoras de sus padres y del pueblo. Las lecturas que corrían en los círculos de estudio, se comentaban en pasillos, reuniones en casas y volvían a pasillos de recintos universitarios. Una cadena cultural invisible, activa, se veía y en ella se transformaban ideas, formas de ver la vida, la familia, el estado, la religión. ¿Qué no se cuestionó entonces?

Era natural que las conversaciones iniciaran y terminaran en casa, discutiendo y aclarando los porqués del movimiento estudiantil, la actuación del autoritario Díaz Ordaz o lo que ocurría en otras latitudes: el movimiento chicano en Estados Unidos, la lucha de los Panteras Negras, o del movimiento estudiantil francés, por ejemplo. Por eso no fue extraño que varias madres de familia se acercaran a la Universidad, y a los pocos días de haberse iniciado el movimiento prestaran sus casas para reuniones, permitían que sus casas sirvieran para dejar recados, propaganda. El espacio doméstico se involucró y por tanto se trastocó. Madres de familia iban a los mítines, a las manifestaciones acompañando a sus hijas, especialmente.

Esta manera de articularse al movimiento se conoce por varias de las activistas. Rosa María Barrientos, alude cómo cambió ella a su mamá y el ambiente en el que ella se educó:

“...Mi mamá era muy diferente a mi padre, y aun ella cambió también, de alguna manera por sus hijos. Al inicio ella se oponía a mi participación en el

movimiento, al ver mi decisión de asistir a las manifestaciones prefirió acompañarme, lo hizo en algunas ocasiones. Claro, era lógica su preocupación —ahora lo comparto como madre que soy de dos hijas -además una mujer en la política ¿cómo?- Debí ser mal vista, me imagino...” (Tirado2001: 327).

Cada familia vivía sus propias incertidumbres, su forma de ver lo que ocurría, las relaciones familiares se alteraban para bien o para mal; además, no olvidemos que Gustavo Díaz Ordaz se había formado en la UAP, incluso había sido secretario de rectoría, sus vínculos de poder y personales eran bastante estrechos con los poblanos. Guadalupe Grajales bien refiere:

“...Era una época difícil, ser estudiante era sinónimo de vago para la derecha. Mis padres eran católicos, pero no podían estar de acuerdo con lo ocurrido el 2 de octubre: la matanza del 68, pero tampoco atacaban a Díaz Ordaz. Mis papás conocían a doña Guadalupe Borja. Pero nosotros teníamos más claridad de lo que pasaba, aunque mis papás decían “No te metas. Océpate de estudiar”. Yo no iba a las brigadas porque me daba pena, pero Roberto mi novio sí y él, además, era amigo de las Rosas, pues Rosita Moranchel y Rosa Luz Lozada eran de Economía, donde estudiaba Roberto...” (Entrevista, 17/ 12/ 2001).

Considerando esa diversidad de comunicación entre las familias, y el manejo que el gobierno y los medios de comunicación hacían del movimiento, era de esperarse las reacciones que provocara esa incertidumbre de cada día. Rosa Alejandra Montalvo Rosas, quien desde el kinder estudió en escuelas particulares y en 68 cursaba el primer año de Filosofía, ella comenta:

“...Mi padre perteneció siempre al PRI, mi abuelo, incluso, fue un militar amigo de Porfirio Díaz con varias condecoraciones. Sus condecoraciones y su fotografía se encuentran en el Museo del fuerte de Guadalupe, el Museo de la no Intervención. Mi padre era un priista “de hueso colorado”. Así que él siempre decía no vayas a los mítines, no vayas a esto... De hecho no participé, pero sí criticaba lo que ocurría...” (Entrevista, 7/ 11/ 2001).

El padre de Alejandra era un liberal apegado a la institucionalidad. Además, Alejandra era hija única, ella estudió Filosofía y asistió a la Universidad, aun cuando su

mamá trató de convencerla se inscribiera en otra escuela universitaria o cursara una carrera corta, pues ella no tenía necesidad de trabajar.

Los motivos para incorporarse al movimiento fueron diversos: María García Maldonado, estudiante de Contaduría, decidió participar por una cuestión sentimental, al ver la injusticia, la represión, la existencia de clases sociales. Para ella la conciencia social que desarrolló en esos meses de huelga tenía su origen en su infancia. Ella creció en un ambiente extremadamente religioso:

“...Pronto me di cuenta que la realidad contradecía la igualdad de la que habla el cristianismo. Por estas incongruencias cambié radicalmente del catecismo al *Manifiesto del Partido Comunista*. Por ello me puse a trabajar en las brigadas, iba a hablar con la gente a las plazas públicas, a concientizar al pueblo...” (Entrevista, 28/ 6/ 2000).

No todas salían a realizar brigadas ante el temor de encontrarse a sus padres, sus parientes, y preferían escribir, pintar mantas, ensayaban obras de teatro, leían en el recinto de la Máxima Casa de Estudios. Mientras que otras desafiaban las órdenes familiares, escapaban a escondidas de su casa y regresaban a la hora que supuestamente salían de clases. Rosa Luz Lozada, por ejemplo, saltaba por la ventana de su recámara, pues sus tíos (sus padres habían fallecido años atrás) le prohibieron ir al Carolino y la encerraban en la recámara. Rosa Luz, con otras Rosas, formó la brigada de *Las Rosas* que pronto se volvió famosa. Ellas se decían Las Pachas Pomposas, por su equipo de básquetbol, su brigada se conformó por mujeres, pronto salieron de la ciudad y hasta del estado, iban y venían en un camión medio destartado de Economía, cuyo cupo lograban llenar.¹²

En el transcurso de esos días de activismo puro y llano, leían, cantaban, se formaron algunos círculos de estudio, funcionaban como ramificaciones de partidos de izquierda. Varias de ellas fueron invitadas a pertenecer a la Juventud Comunista y

abrevaron lecturas clásicas: *El Manifiesto Comunista*, *El Capital*, *El diario del Che*, conocieron textos de Jean Paul Sartre, Herbert Marcuse, literatura rusa, como los clásicos Gorki, Dostoievski, León Tolstoi, por ejemplo. Algunas confiesan que entendían muy poco esas lecturas de *El Capital*, o Engels con *La familia, la propiedad privada y el estado*, pero ese contacto intelectual las llevó a otras significaciones: la interpretación de la realidad desde la óptica marxista fue abrazada sin mayor discusión. Otras se unieron a los mamecas, más por simpatía que por lo que representaban ideológicamente hablando. La práctica de hablar en público las llevó, también, a una apropiación de su espacio, a reconocerse ellas mismas y a discutir sus ideas de igual a igual con sus compañeros.

A diferencia de los varones, las mujeres maduraron más rápido en algunos valores, los concernientes hasta entonces sólo del espacio doméstico. Levantaban su voz denunciando el autoritarismo del gobierno, y si al inicio lo hacían tímidamente habían aprendido a desarrollar su propia voz, a montar exposiciones, periódicos murales. Aprendían a relacionarse con movimientos populares, a reunirse con campesinas y campesinos y algunas lideraban a los y las ambulantes. Eran mujeres con ejercicio de su libertad y conciencia de la realidad social que las envolvía.

Desde luego habrá que decir que la represión en Puebla se arreció cuando el ejército cercó a la UAP, para entonces las mujeres escribían sus propios artículos, panfletos, etc. Al mitin del 2 de octubre en Tlatelolco asistieron varias, aunque sólo Hortencia Fernández fue detenida (unas horas), hasta donde se sabe. El 4 fue detenido Joel Arriaga y llevado al Campo Militar No. 1, aunque pasaron varios días para conocer con precisión dónde se encontraba. Su esposa Judith García Barrera apoyada en todo momento por la Unión Nacional de Mujeres (Puebla), filial de la Unión Nacional de Mujeres y del PCM. No habrían de ser más allá de veinte mujeres, profesoras

normalistas varias, estudiantes universitarias y algunas amas de casa: madres, hermanas, novias, parientas de los activistas. Su trabajo de denuncia, de recabar datos no paró, pues el día 8 fueron detenidos tres estudiantes más: Luis Ortega Morales, Federico López Huerta, Jorge Fernández El Zarco, los cuales fueron trasladados a la Cárcel de San Juan de Díos de Puebla.¹³

Era obvio que ni las, ni los activistas, seguían siendo la/os misma/os, toda/os habían madurado ante los hechos sangrientos del 2 de octubre. Buscaban refugios, mantenían discreción sobre los lugares donde se quedarían, algunos líderes conocidos preferían quedarse a dormir en el edificio central, El Carolino.

El 68 fue una cruzada cultural, ni duda cabe, las ideas enriquecidas por diversas corrientes, desde lecturas marxistas, de liberación sexual, de libertad y conciencia social, literatura. Naturalmente que ideas y valores iban siendo trastocados, los más eran sobre el noviazgo, el matrimonio, y la autonomía de las mujeres, ideas que se vieron materializadas en la formación de sus nuevas familias. María Teresa Bonilla recuerda cómo cambió en ese año:

“...El movimiento del 68 me transformó, yo venía de una familia católica muy recatada, de misa cada ocho días y rompí con todo. Es más, muchas de mis amigas después me vieron con malos ojos porque rompí tanto, tanto, con todos los prejuicios y las costumbres de la sociedad que hasta me volví una persona “indeseable”. Más que nada fui rebelde...” (Tirado 2001: 153).

Todas aluden que no deseaban ser como sus madres, amas de casa, sumisas, calladas, casi todas. Hasta entonces la figura paterna representaba las ideas, la autoridad; el padre decía la última palabra; eran ellos los que leían periódicos, hablaban de política. Una que otra gozó de figuras femeninas fuertes en su familia, generalmente corresponden a madres viudas, abuelas, tías solteronas. Más aun, ellas refieren que sus madres las impulsaban a estudiar, a que no fueran como ellas, y no dependieran de un hombre.

Así transitaron de pequeñas a grandes rebeldías, las faldas cortas cuando no se los permitían, luego pantalón de mezclilla, huaraches, morral, vestir de *hippítecas*. Toda una trasgresión: desde fumar, reunirse con amigos, asistir a fiestas a altas horas de la noche. Con la represión, la entrada del ejército a Ciudad Universitaria (en el DF), al movimiento estudiantil se sumaron más simpatizantes y el que las jóvenes participaran ya no preocupaba tanto a muchos padres, convencidos que los estudiantes tenían la razón. Pero el amor libre sí, y este fue el rompimiento más fuerte de las mujeres con la familia tradicional. Varias se unieron entre el 68 y 69, muy jóvenes, escasas se casaron por lo civil y menos por la iglesia. Las que lo hicieron, presionadas por los padres, fueron acusada/os de pequeño burguesa/es por sus compañeras.

Para Margarita Reyes Valdéz el unirse, -sin casarse por lo civil, menos por la iglesia-, era una forma de construir una nueva familia, nunca se casó. Su esposo Juan García Maldonado había sido integrante del CNH por la Vocacional 7, con él llegó a Puebla, ella a trabajar en la Escuela de Medicina, y luchó, junto con otros y otras, porque el antiguo Hospital General fuese Hospital Universitario. Margarita, actualmente viuda, con tres hijos, recuerda que a sus hijos los registraron con los apellidos de los dos, pero nunca consideró necesario el casarse. Mientras que Rosa María Barrientos decidió unirse libremente y más tarde, ante la insistencia de sus padres, se casó por lo civil con su esposo, aunque su familia la formó varios años después del 68.

Como decía, la mayoría se unió en ese o en los siguientes años, muy jóvenes se volvieron madres de familia. En sus nuevos valores estaba la búsqueda de una familia con mayor comunicación, darles a los hijos más libertad para elegir, decidir; hablar especialmente a las hijas, educarlas con menos domesticidad, severidad, como afirma

Margarita Reyes Valdés: “Si en ese entonces ni tu madre te explicaba cuando empezabas a reglar, menos le ibas a contar otras cosas” (Entrevista, 7 y 9/ 1/ 2002).

Pensaban que podrían compartir el espacio doméstico, la crianza de los niños y la escuela, estaban estudiando y trabajaban. Pero en la mayoría de los casos no fue así y a los pocos años rompieron su matrimonio. Con gran razón dice una de ellas: “...Nosotras cambiamos, pero ellos no...” La construcción de la familia estaba fincada en nuevos valores: las comunistas aludían al compromiso con la lucha, se cuidaban de no tener hijos tan rápidamente y se preocupaban más de lo que pudiera ocurrirles a ellas o a sus compañeros. La construcción de una nueva sociedad estaba por encima de los intereses individuales. Preocuparse por adquirir propiedades era ser pequeño burguesa, vestirse bien, a la moda las convertía en chicas superficiales o fresa. Una serie de códigos y símbolos pesaban en sus ideas.

Las que pronto se convirtieron en madres lucharon también para que surgiera una guardería, denominada Circulo Infantil. La propuesta la realizó María de Jesús León Zermeño, ante el Consejo Universitario, aunque su primera directora fue Kollontai Pobrete. Varias de las participantes lucharon para la creación de la primera Preparatoria Popular Emiliano Zapata, ahí impartieron clases durante dos años sin cobrar salario. La huella de algunas, especialmente, es notoria en las primeras generaciones de estudiantes, de donde egresaron algunas destacadas políticas, militantes del Partido Comunista, luego PSUM y recientemente en el Partido de la Revolución Democrática.

Los otros cambios visibles en el corto plazo se dieron en lograr las representaciones en el Consejo Universitario, máximo órgano de la Universidad, ya como consejeras estudiantes o profesoras. Es difícil resumir todos los cambios que individual como colectivamente vivió esta generación, cuyo concepto engloba más allá de los participantes directos en el movimiento. Podríamos decir que transitron del

espacio doméstico en el que estaban al inicio del 68 al espacio de la lucha por la democracia, sin caer en una visión simplista de que todas, aunque sí la mayoría abrevó de estas experiencias.

Para algunas fue el movimiento hippie lo que más influyó en sus ideas, especialmente en la liberación sexual, y consideraron que el amor libre sería la base para construir nuevas familias. Así vivieron con parejas diferentes. En los años siguientes nadie que se considerara liberada criticaba esta nueva forma de concebir la realidad. Como puede desprenderse se presentaban diferencias de opinión entre las comunistas y las “liberadas”. La lectura del Segundo sexo de Simone de Bouviere, realizada por unas cuantas, fue resignificada a mediados de los setenta, cuando se habló de feminismo.

CONCLUSIONES

Está vista la utilidad de la historia oral, aun conociendo los problemas que presenta, precisamente a favor de esta investigación se encuentra la subjetividad en las entrevistadas, al permitirnos conocer su formación en casa, su construcción cultural antes y después del movimiento. Nos permite visibilizar las diferencias genéricas y de percepción sobre el movimiento, más aun cuando los estudios con perspectiva de género se inician. Nos permite traspasar las fronteras en las que el resto de estudios se ha quedado, la relación del movimiento estudiantil y el estado, la represión y la participación de las redes del poder en el mismo. No está por demás resaltar que en todas las mujeres están ausentes.

Luego, entonces, conviene precisar que partimos de entrevistar a todas y no a las líderes, pues el mismo concepto de líder no es aplicable a las mujeres, cuando ellas no

lo fueron, ni se reconocen como tales, pero sí se percibe una idea clara de lo que ellas, como ciudadanas, deseaban, como parte del colectivo y como parte del movimiento.

Mis conclusiones, aunque faltan muchas más entrevistas, sería que esta generación presente todavía cambió su identidad, su vida cotidiana y su mentalidad; a su vez transformó las ideas en las alumnas y alumnos a los que formó, dotándolas a ellas/os de otra forma de pensar y ver su entorno: la libertad, la igualdad, la fraternidad, como parte de un feminismo, que sin conocerlo a fondo, marcó otra forma de reconocerse a sí mismas.

El cambio en las relaciones de pareja, modificó también la educación de los hijos, las relaciones fueron menos autoritarias y permitieron que los hijos se desarrollaran con mayor libertad que la generación anterior, sin lograrlo plenamente. No podríamos exigir cambios radicales, más allá de las individualidades, porque el contexto social y cultural no se modificó; más aun después de la matanza del 2 de octubre hubo repliegue, temor, confusión, coraje. Reacciones y sentimientos encontrados impidieron que se pensara en la individualidad, así que de este movimiento no pudieron darse cambios profundos.

Como historia reciente dejó entonces las conclusiones a las participantes de entonces, pues a la distancia resulta difícil separar los recuerdos nostálgicos, la fascinación por los líderes de la época, la felicidad de esos años vividos siendo jóvenes, solteras, y todos esos sentimientos encontrados que limitan el hablar de lo que ahora son o de lo que han sido. Como también a las ahora jubiladas añorar esos años en que construyeron la Universidad Democrática Crítica y Popular, con todas las críticas a errores y que varias de ellas manifestaron en su momento.

Aunque sí puntualizo una hipótesis de trabajo: mientras las mujeres transitaron por un proceso de empoderamiento a partir del movimiento, que se tradujo primero en lograr la representación política al interior de la Universidad Autónoma de Puebla y

modificaron sus valores sobre la concepción del matrimonio, familia, sexualidad y educación de los hijos; en los varones este proceso fue lento, aun la inexistencia de una equidad se percibe. La experiencia como activistas les ayudó a crecer políticamente, y en la búsqueda de una identidad les llevó a la lucha por la democracia y a la búsqueda de sus derechos sexuales. Más aun cuando en ese año varias iniciaron su militancia en partidos y grupos de oposición, de izquierda, es lógico que sus lecturas les llevaran a cuestionar lo hasta entonces concebido como su rol principal e histórico “las mujeres para el ámbito doméstico”.

La significación para los hombres fue distinta, la mayoría de ellos abrevaron de una experiencia anterior, algunos desde 1961, el movimiento de Reforma Universitaria, los más jóvenes en las contiendas de 1967, su lucha la ubicaban dentro y fuera de la Universidad, por la democratización del país, por la libertad de los presos políticos, los derechos civiles, etc. Más aún la sociedad y el mundo estudiantil estaban predominantemente masculinizado.

Como decía valores surgieron y los resignificaron, como el concepto de familia, en suma aquellos valores anteriores fueron modificados; la antigua familia patriarcal, autoritaria, fue parcialmente trastocada; las relaciones de pareja, el amor libre, en lugar de la familia nuclear y el matrimonio por las dos leyes. La educación de los hijos menos autoritaria fue asumida de la noche a la mañana; el concepto mismo de guardería (donde guardar a los niños) se modificó por el de Círculo Infantil. Hasta aquí he mencionado algunos valores que las mujeres asumieron sin estar totalmente conscientes. Cuestionaron las ideas religiosas aprendidas en las escuelas católicas y en sus casas. Una praxis cotidiana apoyó a modificarlos, cuando las universitarias sintieron en estas relaciones la igualdad de derechos y posibilidades para realizarse: sus expectativas fueron más allá de estudiar “mientras me caso”, o de “prófugas del

metate”, como acostumbraban decir los mismos catedráticos universitarios. Aunque años después muchas vivirían estos valores ausentes en su vida familiar, en gran medida como ellas mismas lo han expresado “Nosotras cambiamos, pero ellos no”. Esa igualdad, equidad, estaba ausente y vivieron desencuentros.

Las hipótesis antes mencionadas serán demostradas a lo largo de la investigación, utilizando fragmentos de los testimonios, en donde ellas mismas reconocen lo que puede corroborarse en datos fríos, tomados de la estadística escolar: tanto la Universidad como la sociedad era predominantemente masculinizada, y cuáles eran las escasas alternativas para las mujeres en la década de los sesenta.

Así una vez avanzadas las entrevistas, y transcritas, pensé revisarlas nuevamente y me encontré con historias de vida interesantes, a las que volveré con nuevas interrogantes. Decidí que éstas formarían parte de un fondo documental, expuesto a la consulta de estudiantas/es, investigadora/es de historia o antropología, interesada/os en estas temáticas. Más aún, la utilidad de este acervo se volvió factible al conocer que la historiadora Elva Rivera Gómez, investigadora del Centro de Estudios de Género de la FFyL, impulsa la materia de “Historia de las mujeres”, en el Colegio de Historia de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y en un futuro habrá tesis y usuarias/os de estos materiales. La maestra Rivera está conformando un acervo especializado en historia de las mujeres y género en el Centro donde labora (Rivera 2000: 569-594).

Por último, es importante informar que esta investigación ha sido apoyada por la Vicerrectoría de Investigación y Estudios de Postgrado, en el *Programa Institucional de Fomento al Desarrollo de la Investigación y a la Formación de Jóvenes Investigadores*. Una vez que fue aprobado el proyecto que entregué en la convocatoria al Padrón de Proyectos VIEP, emitida en octubre de 2001. El apoyo permitió incorporar

como becario a Juan Manuel Blanco, estudiante de historia. Una relación académica anterior favoreció tal decisión: en el verano del 2001 Juan Manuel fue becado, en este mismo proyecto, en el programa *La ciencia en tus manos*, que CONACYT impulsa. Su desempeño ha sido valioso, a él debo la mayor parte de las entrevistas y transcripción de las mismas, quienes conocemos lo tedioso de la transcripción valoramos esas largas horas de entrega. De cualquier forma esta investigación ha sido de las más gratas y cuando uno lo ve así, las desveladas y el trabajo que sobreviene parece lo de menos.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Cohen Deborah y Lessie Frazier. 2001b. “Género, terreno, y acción en el 68: la participación femenina y la ciudadanía social en México”, *Memoria del Seminario Nacional de Movimiento Estudiantil Mexicano en el Siglo XX*, México, 19 al 23 de febrero de 2001.
- Guerrero Doger Enrique. 2002. *Ier. Informe de labores*, BUAP, p. 5.
- Jaime Espinosa María Elizabeth. 2000b. “Una historia olvidada: las mujeres en la Puebla revolucionaria (1910-1917)”, en *Marginalidad y minorías en el pasado mexicano. Memoria del XVI Congreso Nacional de historia regional*, Gustavo Aguilar y María de Jesús López y Modesto Aguilar (Comp.), UAS-Facultad de Historia-H. Ayuntamiento de Mocorito, Culiacán, pp. 553-567.
- Lau Ana y Carmen Ramos. 1993. *Mujeres y revolución 1900-1917*, INEHRM-INAH, México.
- Olivera Luis. 1992a. *Impresos sueltos del movimiento estudiantil mexicano*, 1968, UNAM, México.
- Poniatowska, Elena. 2000a. *Las soldaderas*, Ediciones Era, CONACULTA, INAH, México, 77 pp.
- Poo Hurtado Jorge. 1998b. *Asalto al cielo. Lo que no se ha dicho del 68*, Rubén Aréchiga, et-al. Océano, México, p. 121.
- Rapp Reiter Rayna. 1991 b. “En busca de los orígenes: desenredando los hilos de la jerarquía genérica”, en *El género en perspectiva. De la dominación universal a la dominación múltiple*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, p. 27.
- Ríos de la Torre Guadalupe. 1993b. “Las mujeres entre azahares, fusiles y comercio”, en *Polvos de olvido. Cultura y revolución*, UAM, INBA, CONACULTA, México, pp.
- Rivera Gómez Elva, 2000b. “Género e historia. Las mujeres poblanas vistas a través de la historiografía reciente 1990-2000”, en *Marginalidad y minorías en el pasado mexicano. Memoria del XVI Congreso de Historia regional*, Gustavo Aguilar, María de Jesús López y Modesto Aguilar (Comp.), Universidad Autónoma de Sinaloa, Facultad de Historia y H. Ayuntamiento de Mocorito, Culiacán de Rosales, pp.569-594.

Rocha Martha Eva. (1995-1996b). “los comportamientos amorosos en el noviazgo, 1870-1968. Historia de un proceso secular”, en *Historias 35*, revista del INAH, México, p. 123.

Tirado Villegas, Gloria. 2001. *Vientos de la Democracia. Puebla, 1968*, editorial universitaria, BUAP, 355p.

NOTAS

¹ Este artículo constituye un avance de investigación del proyecto: “La participación de las mujeres en el 68. Puebla”. Una versión de este artículo fue presentada como ponencia en el VI Congreso Centroamericano de Historia, Panamá, Julio 2002.

² María Elizabeth Jaime Espinoza realiza su tesis de doctorado en la UAM Iztapalapa y está estudiando a estas hermanas. Sus avances se encuentran en artículos.

³ Luis Olivera ha logrado una amplia recopilación de impresos sueltos que circularon en 68, casi todos en el DF. Véase, *Impresos sueltos del movimiento estudiantil mexicano*, 1968, UNAM, México 1992.

⁴ Es importante anotar que los estudios desde la perspectiva de género recién se inician. “Género, terreno, y acción en el 68: la participación femenina y la ciudadanía social en México”, que Deborah Cohen, de la Universidad de Chicago y Lessie Frazier de la Universidad de Carolina del Sur, han presentado en el Seminario Nacional de Movimiento Estudiantil Mexicanos en el Siglo XX, 19 a 23 de febrero de 2001.

⁵ De todas sólo dos: Rosa María Avilés, actualmente diputada federal por el PRD, y Rosa Márquez Cabrera, ha sido diputada local y diputada federal, por el PRD.

⁶ Esta investigación se realizó en 1998 y 1999, realicé entrevistas igualmente, pero a líderes integrantes del Consejo Nacional de Huelga de la UAP, sus experiencias se centraron en la relación del movimiento, la actitud de las autoridades, y las diferencias políticas con los otros grupos políticos del interior de la Universidad. Aun y cuando varias preguntas se centraban en lo anecdótico, ellos tuvieron mayor precisión en los hechos políticos. Esa es una gran diferencia, otra fue las reacciones anímicas, donde las mujeres mostraron más sus sentimientos, más educadas para exteriorizar sus emociones.

⁷ Si bien la primera manifestación se realiza el 4 de septiembre, desde el 8 de agosto se realizan pancartas, periódicos murales y un ejercicio de concientización, es en la Escuela de Economía donde más prende el movimiento, y le siguió la Escuela de Derecho.

⁸ Esta pugna se manifestó de diferentes maneras aun en los siguientes años. El actual gobierno municipal, es del Partido Acción Nacional, PAN, y el gobierno estatal es del PRI, y en los discursos retoman símbolos de ese movimiento.

⁹ Doger Guerrero Enrique, *1er. Informe de labores*, BUAP, 2002, p. 5.

¹⁰ En 1968 cerraron varias fábricas pequeñas y grandes de la industria textil, sería hasta 1969 cuando se instalaran fábricas grandes de la industria metalmecánica y química. La planta industria sufría rezagos en su modernización, se considera como detonante de la modernización industrial a estas fábricas, una de ellas armadora de autos, la Volkswagen.

¹¹ La contienda se inició en la Preparatoria Benito Juárez, entre dos planillas que representaban dos corrientes contrarias, los Santillanistas y los democráticos y producto de esta hubo un muerto frente a la casa de los Santillana.

¹² Sólo había dos camiones: el de Economía y el de Derecho, el que por cierto había regalado en ese año el licenciado Gustavo Díaz Ordaz a estudiantes de Derecho.

¹³ Aunque Federico López Huerta estuvo varios días en el Campo Militar de Zaragoza. De los presos en Puebla, fue el que más tardó en salir a los tres meses. Joel Arriaga Navarro fue trasladado a la cárcel de Lecumberri, de ahí salió con los demás presos políticos y el 26 de julio de 1972, cuando iba en su coche y acompañado de su esposa, fue acibillado a balazos por unos tipos desde otro coche. Hasta el momento dicho asesinato no ha sido esclarecido.